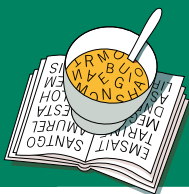


S O P A D E L I B R O S

Ledicia Costas

# Las peripecias de Extravaganzza Pérez



ANAYA

Ilustraciones  
de Óscar Villán



Título original: *As peripecias de Extravaganzza Pérez*  
(Edicións Xerais, 2018)

© Del texto: Leticia Costas, 2018, 2019  
© De las ilustraciones: Óscar Villán, 2018, 2019  
© De la traducción: Leticia Costas, 2019  
© De esta edición: Grupo Anaya, S.A., 2019  
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid  
www.anayainfantilyjuvenil.com  
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

Primera edición, marzo 2019

Diseño: Manuel Estrada

ISBN: 978-84-698-4829-6  
Depósito legal: M-44-2019  
Impreso en España - Printed in Spain



PAPEL DE FIBRA  
CERTIFICADO

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas por la Real Academia Española en la *Ortografía de la lengua española*, publicada en 2010.

*Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte*

SOPA DE LIBROS

Ledicia Costas

Las peripecias de  
Extravaganzza  
Pérez

Ilustraciones  
de Óscar Villán

Traducción de la autora

ANAYA



## BREVE NOTA DE CÓMO COMIENZA ESTA HISTORIA

La casa más singular de Villa Sueño era una edificación con el tejado como el sombrero de una bruja y la fachada pintada imitando las plumas de un pavo real. Estaba situada en una colina desde donde se divisaba todo el valle y los alrededores. La gente había bautizado aquella extraña vivienda con el nombre de Casa Pavo. En Casa Pavo vivía una pareja de investigadores llamados Cocó Pérez y Sebastián Pérez. Se dedicaban a buscar nuevas especies de animales y siempre estaban rodeados de probetas, lupas, microscopios y bichos, ¡muchísimos bichos!

Cocó y Sebastián esperaban con ansia la llegada de su primera hija. Normalmente los padres escogen el nombre de sus pequeños mucho antes de que nazcan. Pero en este caso, por

más que pensaban, no encontraban uno que les gustase. La barriga de Cocó crecía y crecía y el nombre seguía sin aparecer. Por eso decidieron llamarle *Criatura Pérez* de manera provisional y esperar al nacimiento, convencidos de que nada más verla sabrían cuál era el nombre perfecto para su hija.

—¿Criatura, qué te pasa? ¿Tienes hambre? —le preguntaba la madre en voz baja, cuando la niña le daba pataditas dentro de la barriga.

—Mira, Sebastián. Pon la mano aquí, cerca de mi ombligo. ¡Criatura está bailando! —exclamaba Cocó en otras ocasiones.

La niña llegó al mundo una tarde de invierno en la que llovió tanto que se inundaron las calles del pueblo, y había que desplazarse en barca. Para sorpresa de sus padres, de la matrona y de las enfermeras, Criatura traía puestas unas gafas pequeñas de montura azul. Jamás habían visto una cosa semejante.

—¡La niña viene con gafas! —exclamó una doctora.

—¿Tiene miopía? —preguntó un enfermero, buscando una razón que explicase semejante rareza.

—Tal vez sea hipermetropía —sugirió la matrona, con los ojos abiertos como dos huevos fritos.

El padre de la criatura, un biólogo que no creía en los milagros, cogió a la niña en brazos y la observó con curiosidad.

—Qué bonita eres —le dijo con la emoción de quien ve a su hija por primera vez—. Y qué sabio tu cuerpo —añadió, convencido de que las gafas se debían a que la niña padecía un problema grave de visión—. Creo que tu nombre es Extravaganza.

—Extravaganza suena mucho mejor —puntualizó la madre, que tenía debilidad por todo lo relacionado con Italia.

Y así fue como aquella pequeña con gafas azules pasó de llamarse *Criatura Pérez* a llamarse *Extravaganza Pérez*. Nunca lograron desvelar el misterio de las gafas. En el pueblo algunos afirmaban que, durante el embarazo, en un antojo de hambre voraz, la madre se había comido unas gafas de un bocado y que por eso la niña había nacido así, con ellas puestas. Pero eso solo era un rumor. Con el tiempo pudieron comprobar que Extravaganza, sin sus

gafas, estaba perdida. Lo veía todo borroso, como si el mundo fuese una enorme mancha.

Pero la aventura que voy a relatar a continuación no empieza con el nacimiento de Extravaganzza ni tampoco con el misterio de sus gafas. Empieza cuando esta niña tan especial tuvo que emprender un largo viaje por lugares remotos, en búsqueda de sus padres. Así que vamos a darle hacia delante al reloj para situarnos en el Año del Pelicano, que es donde de verdad arranca esta historia.

# EL AÑO DEL PELÍCANO

Casa Pavo era un auténtico zoológico. Cocó, Sebastián y Extravaganzza vivían rodeados de animales. En la cocina tenían un terrario lleno de insectos palo. Detrás de la vivienda había una enorme charca donde peces, ranas y tortugas convivían en total armonía. Y en el jardín, en un árbol llamado *morera blanca*, vivía una familia de gusanos de seda. Extravaganzza les llamaba gusanos peludos, porque cuando llegaban a la quinta edad, justo antes de convertirse en mariposas, se rodeaban de un capullo de seda que parecía pelo blanco. ¡La de horas que pasaba la niña con todos esos bichos!

A menudo cogía los insectos palo del terrario y los liberaba por el jardín. Como los insectos palo son bastante vagos, apenas daban



unos pasitos, pero esto le bastaba a Extravaganza. Le gustaba muchísimo observar sus movimientos. Tanto los insectos palo como las mantis religiosas le parecían karatekas, con sus extremidades largas y estilizadas. Su preferido era un hermoso ejemplar de insecto hoja gigante. Sus padres, que siempre pronunciaban los nombres de los animales en latín, lo llamaban *Phyllium giganteum*. Era impresionante, parecía una auténtica hoja de árbol. Nadie diría que era un insecto.

Una tarde, Cocó y Sebastián encontraron a su hija en el jardín. A sus pies había varios insectos palo y también estaba Lola, la mantis. Extravaganza trataba de imitar sus movimientos, con bastante poca habilidad, todo hay que decirlo.

—Hija, ¿qué haces? —le preguntó Sebastián.

—¡Chssss, que me desconcentras! —contestó la niña—. Estoy en una clase de karate.

—¿Ah, sí? ¿Y quién es el profesor?

—Los profesores —puntualizó la chiquilla—. Pues están aquí, en el suelo. ¿No los ves? —preguntó señalando los insectos, que descansaban plácidamente sobre la hierba.



—¡Esta hija nuestra tiene cada cosa! —comentó Cocó con Sebastián, en voz baja.

Pero de todos los animales, la niña sentía debilidad por una pareja de flamencos. Habían llegado a Casa Pavo siete años atrás y desde entonces vivían en la charca. Era una auténtica rareza que dos flamencos se separasen de la colonia a la que pertenecían. Extravaganzza pasaba muchas horas con ellos y, aunque hablasen idiomas distintos, se entendían a la perfección.

14

Una tarde en la que llovió a cántaros, tanto como el día en que nació Extravaganzza, ocurrió algo maravilloso. Los flamencos estaban construyendo una especie de volcán con el barro que se había formado en la orilla de la charca. El volcán era en realidad un nido. Las aves lo estaban preparando todo para la puesta de huevos, un acontecimiento que solo se producía en épocas de mucha lluvia. Días después, Extravaganzza descubrió a la flamenca sentada en el cráter con su imponente plumaje naranja extendido sobre el volcán. La niña empezó a dar saltos de alegría:

—¡Ualaaaaaa! —gritó emocionada—. ¡Mamá, papá, rápido, venid corriendo! ¡Voy a ser tía!

Cocó y Sebastián corrieron hacia la charca alertados por los gritos de la niña.

—¡Caramba! —exclamó Cocó, examinando la situación—. Nada más y nada menos que dos huevos. ¡La familia crece!

Desde entonces, lo primero que hacía Extravaganzza tan pronto como se despertaba era ir a echarle un vistazo al nido. Durante varias semanas eso se convirtió en su pasatiempo favorito. Se ponía las gafas y, aún en pijama, salía disparada a revisar el nido. Allí encontraba siempre a uno de los padres, que se turnaban para incubar los huevos. La niña le acariciaba el plumaje del lomo y a continuación le daba ánimos:

—¡Esto va de maravilla! Dentro de poco tendremos corriendo por el jardín dos pollitos muy flamencos.

El ave inclinaba hacia delante su interminable pescuezo para que Extravaganzza le hiciese unos mimos en la cabeza. Enseguida aparecía también el otro flamenco, para reclamar caricias.

—¡Pero cuánto os gustan los mimos! —les solía decir Extravaganzza a los futuros padres.

El día en que los huevos eclosionaron fue inolvidable. Sucedió un sábado por la mañana, exactamente treinta días después de que la flamenca hubiese hecho la puesta. Extravaganzza se emocionó al ver que los huevos tenían un agujero. En su interior los pollitos peleaban por salir de la cáscara y conocer el mundo. Después de unos minutos de lucha, con la cáscara todavía sobre la cabeza como si fuese un sombrero, los pollitos salieron a la luz. Lo que más le llamó la atención a Extravaganzza fue que su plumaje no era naranja, como el de sus padres. Eran dos copos de nieve con patas: completamente blancos, pequeños y torpes, pero a ella le parecieron los animales más maravillosos que había visto nunca.

—¡Qué bárbaro, son macho y hembra! —exclamó Cocó, a quien no se le escapaba una.

—Bienvenidos al mundo, Flamenquita y Flamenquito —los recibió Extravaganzza abriendo mucho los brazos, como queriendo abarcar todo el horizonte para ellos.

—¿Así se van a llamar, Flamenquita y Flamenquito? —le preguntó su padre.

La niña le dijo que sí moviendo la cabeza con energía. La sonrisa le iluminaba el rostro.

—¡Pues que así sea! —gritó Sebastián, todo contento.

Madre, padre e hija se agarraron de las manos y empezaron a cantar haciendo la rueda alrededor de los pollitos, que debían de estar pensando en lo peculiar que era la familia donde les había tocado nacer. ¡Y esto solo era el principio!

Con el nacimiento de los esperados flamenquitos fue como empezó la emocionante aventura que tendría lugar durante el fabuloso Año del Pelicano. Cocó y Sebastián habían diseñado un calendario muy particular, donde cada año se correspondía con un animal. La pareja había relacionado los comportamientos de distintas especies con ciertos movimientos planetarios. Si sus cálculos no fallaban, durante el Año del Pelicano se iban a producir migraciones masivas de estas aves. Siguiendo la trayectoria inversa a la de los pelicanos, ellos deberían partir hacia un lugar muy lejano a recoger

muestras de varias especies en peligro. Por este motivo, Cocó, que además de por la biología sentía pasión por la mecánica, llevaba semanas dedicando unas horas al día a preparar la furgoneta en la que viajaban durante las expediciones. Era un vehículo muy potente y también poco discreto. Entre el ruido que hacía el tubo de escape y la decoración de la carrocería, con fondo amarillo y palmeras y plataneros de un verde muy llamativo, era imposible pasar inadvertidos. Pero eso a ellos les daba igual. Cocó y Sebastián sabían muy bien que la discreción no era una de sus virtudes. Y Extravaganzza, aunque solo tuviese once años, también lo sabía. A pesar de ser una niña algo rara y con un grave déficit de visión, si había algo que nadie en Villa Sueño podía negar es que era muy inteligente. Y para ella la inteligencia era su tesoro más valioso.

